

TREINTA AÑOS DE LA MUERTE DE CARLOS ARBELÁEZ CAMACHO

ALFONSO BORRERO CABAL, S. J.

Hay recuerdos cuya insistencia es siempre bienvenida. Desde el 24 de mayo de 1969, en los adentros de mi mente se sembró muy hondo el recuerdo de Carlos Arbeláez. El amigo y la añoranza del maestro diseñaron y construyeron en mi memoria su arraigada residencia.

Pocos años bastaron de trabajo y aficiones comunes para adentrarme en la nobleza de Carlos, engastada en una inteligencia que se mostraba sin la ufanía inútil de demostrarse. Ella fue como la luz que, si lo es, no padece ocultamientos. Le conocí leal, honesto y sencillo, cuando mis superiores, en buena hora, me acercaron al calor difundido por una personalidad hidalga y siempre añorable y añorada.

Para retornar una y otra vez [bien lo sabemos] los recuerdos no jalonan tiempos ni espacios predispuestos. Ellos acontecen en el instante de su antojo, sin que muchas veces su arribo sea previsible. Es que la vigencia del recuerdo se aposenta tan constante en los afectos íntimos del alma, que parece no tener vaivenes. El recuerdo, aunque escondido, siempre esté donde esté, viviente, iluminador y ensartado entre las fibras vitales del corazón.

Hace ya muchos años que mis andares de decano están distantes de la arboleda siempre afable de la Facultad de Arquitectura. Pero debo reconocer que a pesar del sorpresivo alumbramiento de un recuerdo, el de Carlos no deja de asaltarme, siempre afectuoso y amigo, cuando de cuando en cuando paso como de andadas por este espacio de la Universidad, donde en este día los sentimientos de gratitud nos han convocado y nos allegan.

Sea esta la ocasión para contarles que hace apenas muy pocos días, de paso como les digo, el vacío de algo que faltaba vino a suscitarme de nuevo el recuerdo del amigo: en un círculo escueto y de tierra negra y vegetal en vida de Carlos hubo un árbol de fronda acogedora, que añoso y ya cansado de brindarnos amistad fue necesario talarlo hasta una altura de su tronco añejo que permitiera, vestido de hiedra verde, mantener lozano el recuerdo de Carlos después de su muerte.

La añoranza atrapó mi recuerdo: ¿qué fue del tronco con abrigo de hiedra que estaba ahí? No sé si los estudiantes, de ya mutuos desconocimientos y que alegremente departían deambulantes, sentados o de pie sobre los toletes que suben y bajan hacia los talleres, pudieron advertir que yo había detenido mi rumbo [ya no recuerdo hacia dónde iba], y que en mi rostro se dibujaban tensas las señales de una súbita extrañeza ¿Por qué ya no está ahí el follaje de hiedra verde donde siempre se ha escondido, como para sorprenderme con cierta picardía juguetona, el recuerdo de Carlos?

Tras el estupor, continué mi camino reflexionando. Al árbol, como a Carlos, también se le acabó la vida. Y, para fugaz consuelo, me dije: los servicios de mantenimiento, amantes del paisaje, plantarán otro árbol. Es cuestión de cambiar la vida de que ya no es, por la de otro árbol que la sustituya.

Pero la vida de Carlos [proseguí en mi reflexión encendida de recuerdos], aunque él ya murió, sigue siendo su misma vida, felizmente viva en un estado y situación diferentes que pa-

PALABRAS DEL ARQUITECTO RAFAEL URIBE RIVERA

ra nosotros, los aún mortales, se nos hace, por voluntad de Dios, misteriosa y por tanto incomprendible.

Pronto habrá crecido, con la misma savia y en el mismo y desnudo círculo de tierra negra y vegetal, la vida de otro árbol. El que planten, nuevo y distinto, pensé, también me seguirá siendo símbolo vivo y recordatorio de la vida de Carlos, de la que él ya vivió, y de la que ahora ya disfruta, eterna, junto al que Es la Eternidad Divina.

La vida de una persona [proseguí pensando], y menos la de Carlos Arbeláez, no es sustituible o reemplazable. Las personas se suceden. Nadie las sustituye.

Pero es grato y me consuela pensar que quienes a Carlos han sucedido en nuestra Facul-

tad: decanos, maestros y estudiantes, aunque a él no lo hubieran conocido, nunca han dejado en el olvido su persona, sus virtudes, su enseñanza. Su amor por todo aquello que constituyen los valores de la patria.

El añoso árbol de mi cuento y la hiedra verde que embalsamó la base de su tronco, ya no están. Pronto habrá muchos más árboles en la Universidad. Plantémoslos con el amor fecundo de nuestras manos, pensando que la estatura moral, arbórea, insustituible e inolvidable de Carlos Arbeláez Camacho, y la de tantos otros Roberto, Ávaro, Aníbal, Juan que de entre nosotros ya se han ido, siguen presentes en nuestras memorias.

